



Antanas Mockus Sivickas

Universidad y libertad

Universidad y libertad

Antanas Mockus Sivickas*

Con su habitual manera de exponer e ilustrar sus puntos de vista, Antanas Mockus abordó el tema *Universidad y libertad* ante las más de 1.500 personas que se congregaron en el Teatro Universitario Camilo Torres el 24 de mayo de 2000. Como es también habitual en él, puso al público a escuchar atentamente, a retir, a participar y, sobre todo, a pensar. Al final, un grillo quedó susurrando en los oídos de los asistentes que para ser libres necesitamos ayudarnos, solos es demasiado difícil; que tenemos a nuestro alcance armas muy potentes para cambiar de convicciones y de prácticas, pero necesitamos ayudarnos para ser consecuentes y consistentes. En ello es clave la Universidad, ese nido de creación de libertad y de respeto al otro, donde, por tradición, nos dañamos el coco mutuamente a la fuerza de los argumentos.

Muchísimas gracias por estar aquí presentes, muchísimas gracias a la institución Universidad de Antioquia que ha hecho posible este encuentro.

.....

* *Magíster en Filosofía de la Universidad Nacional de Colombia, con Maestría en Ciencias Matemáticas de la Universidad de Dijon, Francia. Alcalde Mayor de Santafé de Bogotá (1995-1997; 2000-2003). Profesor del Departamento de Matemáticas de la Universidad Nacional de Colombia, institución de la que fue Vicerrector Académico (1988-1991) y Rector (1991-1993)*

Lo primero que vamos a hacer es reconocer cómo funciona la universidad, cómo en su funcionamiento requiere y genera libertad y luego haremos una reflexión un poco más genérica sobre la libertad manteniendo siempre la pregunta de qué puede hacerse desde la universidad por la libertad.

Voy a hacer una caracterización muy simplificada de la universidad. Seguramente la universidad es mucho más de lo que les voy a exponer, pero lo que les voy a exponer pretende capturar, recoger, distinguir, rasgos característicos de la vida y de la tradición universitaria. La universidad es una tradición de libertad, un proyecto de libertad —y en cierto sentido espero que al final comprendamos por qué.

Lo primero que caracteriza a la universidad es que su piso básico está en la discusión racional. La discusión racional es un dispositivo

netamente humano hasta donde sabemos y tiene unas características de universalidad, o sea, no existe cultura humana que no tenga discusión racional. La universidad acoge la discusión racional, le da un marco especial, la orienta, le da un soporte. De esta manera la potencia muy fuertemente, la hace más poderosa.

Pero ¿qué es la discusión racional? Detengámonos un poco en cómo funciona, en cómo es en el detalle. Imagínense — este obviamente es un modelo extremo, simplificado— dos personas que conversan. Para poder conversar cada una de ellas pretende que la otra la entienda, si la otra no lo entiende podría decirle “señor, no lo entiendo. Los estratos 1 y 2 tienen hoy en día la motivación al logro que tenían hace treinta años los estratos 5 y 6. Antes esta variable estaba distribuida muy desigualmente, los motivados al logro eran los sectores más poderosos. Hoy en día todo el mundo quiere experimentar y experimenta y aprende que «si quiero, puedo». En ese momento sería posible que la comunicación se interrumpiera, o que el otro dijera “¿por qué no me entiende? ¿Qué es lo que no me entiende? ¿Quiere que cambie de idioma? ¿Quiere que le ponga ejemplos? ¿Quiere que explique en otras palabras?” O “dígame con más precisión qué es lo que no entiende”.

Cuando dos personas se hablan, el que habla pretende ser comprendido y además pretende decir la verdad o supone ciertas cosas como verdaderas — si yo le digo a alguien “por favor súbale el volumen al equipo de sonido”, obviamente estoy suponiendo que en los alrededores existe un equipo de sonido y que unos y otros sabemos a qué me refiero— y el otro puede aceptar y decir “sí, vamos, su pretensión de verdad es razonable”; o puede decir “¿cuál equipo de sonido?, aquí no hay ningún equipo de sonido, usted está alucinando, usted se está imaginando un equipo de sonido”, y de nuevo la comunicación puede romperse, o mantenerse fijando la atención por un rato en lo que en la comunicación misma ha sido problematizado. Es decir, la comunicación permite algo así como estamos en desacuerdo pero mantengámonos comunicados. No te entiendo pero explícame. O no creo que lo que digas sea verdad, pero argumentemos, intercambiamos argumentos y te doy los míos tú me das los tuyos.

Lo mismo, aunque un poco más complicado, sobre la pretensión de sinceridad. Yo puedo decir “me siento muy contento al verlos, siento que este teatro es un templo de mi país, es un lugar que me llena de emoción moral”, y alguien puede decir “eso no es cierto, él no siente eso”. Y puedo hablar

Lo primero que caracteriza a la universidad es que su piso básico está en la discusión racional. La discusión racional es un dispositivo netamente humano hasta donde sabemos y tiene unas características de universalidad, o sea, no existe cultura humana que no tenga discusión racional. La universidad acoge la discusión racional, le da un marco especial, la orienta, le da un soporte. De esta manera la potencia muy fuertemente, la hace más poderosa.

mal de alguien o de alguna organización y la gente puede decir “estás siendo justo” o “estás siendo injusto”. De nuevo en estos dos últimos casos cabe por un lado la posibilidad de que se rompa la comunicación, de que la gente diga “no hay nada que hacer, no hay nada que hablar”, o la posibilidad maravillosa de que uno le diga “oiga, usted no está siendo sincero, usted no está siendo justo”, y sobre la base de esa objeción, de ese “no le entiendo” o “no le creo” se siga en la comunicación y se sigan intercambiando argumentos buscando llegar a algún acuerdo, que además no se sabe cuál será. Lo característico de la discusión racional es la confianza en una estructura, en un proceso, a sabiendas de que no sabemos cuál va a ser el resultado del proceso.

Lo característico de la discusión racional es la confianza en una estructura, en un proceso, a sabiendas de que no sabemos cuál va a ser el resultado del proceso.

Otra característica de la discusión racional es que una vez abierto ese intercambio de explicaciones, de argumentos, las partes entran en un proceso curiosísimo: estar dispuestos a ceder a la fuerza de los argumentos. Si tu argumento es más fuerte que el mío cedo a tu posición, si mi argumento es más fuerte espero que tú cedas a la mía. La tradición académica significa un paréntesis impresionante frente lo que ha sido la historia de buena parte de la humanidad, que ha sido un forcejeo en otros terrenos. Es como renunciar a cualquier otro pulso distinto al pulso de las razones.

Eso es curiosísimo, es extrañísimo, es de verdad una isla en la historia de la humanidad, pero es una isla con poder creciente. Es una isla que va contagiando la sociedad. La gente va diciendo “si esos historiadores, si esos psicólogos, que tienen visiones tan distintas sobre el ser humano pueden ponerse de acuerdo ¿por qué nosotros no podríamos hacerlo?”. La universidad en cierto sentido es como una Torre de Babel, aquí hay mucho planteamiento distinto. Un especialista en ciencias humanas puede ver cosas muy distintas en el mismo objeto frente a lo que ve otro, y sin embargo se toleran.

Bueno, a veces no. Recuerdo que en la Universidad Nacional los piagetianos envenenaban los ratones de los conductistas, eso era dramático. Años después uno se encuentra con los autores de esas pequeñas fechorías y se recuerda la época con nostalgia porque eso muestra que nos tomábamos muy en serio la mirada, que había una especie de afiebramiento, de emoción de entender y de querer decir “este punto de vista es el que vale y el otro no”. Pero obviamente envenenar los ratones del otro no era argumento, era un foul al argumento, era casi un reconocimiento de que mis argumentos estaban flojos para que yo tuviera que pasar a esa otra manera de incidir en el debate.

La universidad es una maravilla porque nos enseña la fuerza del argumento, nos hace vulnerables a la fuerza del argumento, cualquier persona puede cambiar mucho en la vida si a lo largo de ella se encuentra con otro u otros que tengan buenos argumentos. Y a mayor vulnerabilidad a la fuerza del argumento, menor vulnerabilidad y mayor capacidad de resistencia frente a otras formas de argumentar.

La segunda característica clave de la universidad es que la discusión racional se apoya en la escritura. Es muy raro, pero la tradición académica depende muchísimo de la escritura, y en esto empieza uno a reconocer el carácter históricamente excepcional del trabajo académico. Todas las culturas tienen sabios, pero no todas tienen escritura, el tener o no escritura genera diferencias. Obviamente, culturas que no tienen escritura pueden ser más sabias que la nuestra en muchos aspectos, pero en materia de tradición académica la acumulación se hizo posible por la escritura.

Una de las cosas que permite la escritura tiene que ver con el tiempo y el sujeto. La escritura permite congelar las ideas. Lo que escribí antes de ayer sigue quieto ahí, no se ha movido. Bueno, hoy en día si se le funde a uno el disco duro, pues, desapareció, pero si lo hubiera escrito en papel lo tendría ahí a la mano y podría pasar, como ha pasado con algunos de mis textos de hace quince o veinte años, que la gente me los trae y me dice “mire, usted dijo esto”. Hay una posibilidad de estabilizar el texto, primero porque muchas veces cuando se discute sin escribir, uno puede, de buena fe, sin hacer trampa, ir cambiando imperceptiblemente el punto de vista. A cuántos no nos ha pasado que alrededor de una mesa redonda, al rato nos damos cuenta de que cambiamos de posiciones. En cambio, la escritura congela, objetiva, permite pasar la película de la argumentación en cámara lenta. Usted puede durar media hora diciendo “¿este entonces que usó en tal frase se justifica o no?”. La escritura es claramente dar papaya ante la crítica, eso lo sabe uno cuando empieza a escribir. Las palabras se las lleva el viento, pero la escritura permite que el

crítico se detenga, gaste a veces horas enteras descifrando un par de frases y le diga “en este punto no tiene razón”. Así la escritura facilita mucho el proceso de objeción, de intercambio de argumentos.

Lo otro que permite la escritura es diferenciar los argumentos contra la persona de los argumentos contra la tesis. Todavía en manuales de argumentación, que es el nombre moderno de la retórica, más o menos se sugiere que si usted no puede atacar la tesis general que sostiene una persona pues ataque a la persona, diga que es una persona envidiosa, que es coqueto, o coqueta... Y por los pecados de la persona uno intentaría devaluar las tesis. Obviamente la tradición académica se construye diciendo “Separemos las dos discusiones. Podemos entrar en la discusión de las virtudes personales, pero esa es otra discusión”. O sea, el que Newton haya sido un santo o haya sido un pecador como cualquiera de nosotros, o peor, no cambia para nada la validez de las leyes de Newton. Eso es complejísimo. Una vez que uno está instalado en eso es obvio, es natural, pero en la tradición humana es muy sofisticado separar lo que dice alguien de la manera en que vive o de lo que representa su propia historia. Yo todavía me impactó ante la coherencia entre los planteamientos teóricos de Gandhi y su vida. Todavía nos sigue atrayendo el enlace entre teoría y praxis en la persona. Pero la tradición académica te inculca como un imperativo evaluar las dos cosas separadas.

Lo tercero que permite la escritura es renunciar a tener en cuenta el auditorio específico. Cuando uno le habla a una persona o a un pequeño grupo de personas, uno a veces les pregunta cosas, se orienta por lo que sabe de ellos o por lo que le han contado de ellos, etc. Uno puede echarle cepillo a la gente: estamos ante jóvenes, entonces “la juventud es el meollo del asunto”; si uno ve muchas mujeres puede subrayar el aporte de la mujer. Todo eso los griegos ya lo habían estudiado en sus primeros manuales de retórica y por lo tanto para ellos había una diferencia fuertísima, tal vez exagerada, entre lógica y retórica. La retórica era el arte de acomodarse y adaptarse a públicos muy específicos, de algún modo aprovechar el

conocimiento del destinatario para hacer que el mensaje le fuera aceptable. En cambio la lógica consistía en hacer argumentos que fueran válidos para cualquiera, viejo o joven; bello o feo; de nuestra comunidad o de otra; propio o extraño; fuera como fuera; eso lo permitió mucho la escritura. Cuando uno escribe un texto uno no puede controlar en manos de quién va a quedar ese texto, no sólo contemporáneamente, cabe imaginar que dentro de cincuenta o cien años alguien se asome a un texto y diga “qué tipo tan bárbaro, simplificó las cosas, sabiendo esto dijo lo otro”, o “se contradijo en el texto en esto y en esto”. La escritura desterritorializa la discusión y los académicos prácticamente siempre escriben sin poder predecir, sin poder calcular quién los va a citar, quién va a aprovechar su trabajo, cuándo y dónde. A veces pasan unos años, a veces es inmediato. Una de las cosas que más seguramente satisface personalmente al académico es cuando uno dice “descubrí una tesis doctoral en Canadá donde en la página tal citan mi tesis”, yo me acuerdo de esa sensación, uno dice “¡uy!, quién iba a pensar que gente en contextos muy distintos iba a sacar provecho de lo que yo produje”. Es una comunicación si se quiere anónima, es una comunicación abierta.



Eso está muy ligado a la formación del juez contemporáneo que es lo público. No es un público específico, no es la gente de aquí o de allí que se deja engatusar con tal y tal tipo de argumento. Es un colectivo anónimo cuya cara exacta no sabemos. Si alguna de mis frases hiera el sentimiento feminista muy probablemente meses u horas después algún grupo feminista me haga el reclamo. Esto se ve también muy potenciado por los medios masivos, cierto día, en un debate de barrio, me preguntaron “¿a usted qué le ha pasado o qué ha hecho como ciudadano?” y respondí “tengo una casa vecina a la Casa Fiscal de Risaralda, ahí hace dos diciembre hacían fiestas más allá de la una de la mañana, y arrendaban la casa para que la gente hiciera fiesta y se pasara por la faja la ley zanahoria, y lo que hicimos fue recoger firmas en el edificio y mandarles una carta”. A la señora que dirige la Casa Fiscal de Risaralda casi la echan. Ese comentario anodino, lanzado ante otro público, rebotó en la Gobernación de Risaralda. La señora, preocupada, me mandó una razón pidiéndome que le mandara una carta al gobernador explicando que eso había ocurrido hacía dos años y que ya se había resuelto el problema. De hecho así era. Recién llegada ella fue que se planteó el problema.

La tradición académica significa un paréntesis impresionante frente lo que ha sido la historia de buena parte de la humanidad, que ha sido un forcejeo en otros terrenos. Es como renunciar a cualquier otro pulso distinto al pulso de las razones.

Otro ejemplo, todos ustedes saben lo que pasó una vez en el León de Greiff. Estábamos entre estudiantes de artes, los estudiantes chiflaron, chiflaron, chiflaron, no dejaron hablar, vino un acto discutible si se quiere, pero entre estudiantes de arte eso es aceptable. Yo me imaginaba la polémica dentro de la universidad, me parecía que era interesante, era una discusión a fondo sobre cultura y arte. Pero lo que pasó esa noche fue filmado y trasladado a otro contexto y adquirió una significación incontrolable.

Lo bonito es que años antes del evento yo había podido leer y escribir sobre violencia simbólica y sobre el tema de si la humanidad puede encauzar parte de sus conflictos en el terreno simbólico, y lo que pasó esa noche de algún modo se volvió un referente para la discusión sobre ese tema en el país, sobre si podemos encontrar maneras distintas de expresar nuestros sentimientos, nuestras reacciones y luchar de manera distinta.

*Ahora bien, la pura escritura sin discusión racional sería una tragedia. Si nunca pudiéramos polemizar en vivo y en directo sería trágico. La combinación entre discusión racional, verbal, y tradición escrita sí ayuda mucho. El día en que los concejales o los congresistas colombianos sean capaces, al lado de un discurso, de resumir, sintetizar en un esquema, plantear sus dos o tres tesis negro sobre blanco, ese día la eficiencia, la claridad y la honradez de la comunicación posiblemente aumentarán. Pero reconozco que la discusión racional y la escritura no reemplazan las mil maneras de comunicarse que tiene el ser humano. Voy a poner un ejemplo muy elemental: A los dieciséis ó diecisiete años, siendo un poquito en ese tiempo el equivalente del *nerd*, a uno lo llamaban *clavado*, cuando iba a fiestas aquello de “oye, ¿cómo te llamas?, ¿estudias o trabajas?”, etc., para mí era insoportable, por lo pobre, pero yo no había descubierto algo elemental: que en esa conversación lo de menos era el contenido verbal, lo clave era la actitud corporal, el tono, el gesto... Todos los días vivo las evidencias de que la comunicación humana no es sólo tradición académica (discusión racional y escritura).*

Lo que quiero decir es que hay culturas que aprovecharon la tradición académica (combinación de discusión racional, escritura, y un tercer polo que me falta por exponer) y lograron, gústenos o no, disponer de algunos aspectos de la realidad, organizar, ser más contundentes en el terreno de la tecnología y en el terreno de la reorganización consciente del orden social. Lo voy a decir como lo dice Basil Bernstein: usted puede imaginarse en Brasil o en cualquier lugar del mundo una rebelión de un día, una fiebre que nos da y donde

la gente no sigue a las autoridades, se rebela ante las órdenes, destruye las máquinas... Eso ha pasado en cantidad de sitios. Pero un proceso sostenido, orientado de manera coherente y consistente a transformar la sociedad, no se da sin tradición escrita. La tradición escrita puede estar más o menos visible, más o menos en primer plano, pero la transformación consciente de la realidad se hace en buena parte a través de lo escrito.

La tercera característica de la universidad es acción consciente sobre la acción. No hay tradición universitaria si no se conjugan los tres: discusión racional, escritura y acción consciente sobre la acción. Este tercero es rarísimo, parecería que lo primero que ordena el mundo universitario es "si va a actuar ¡piénselo! ¡Pare! ¡Quieto ahí! Quieto en primera — como dicen—. Piénselo, discúptalo, vea a ver si otros han hecho algo similar, compare lo que va a hacer con lo que ellos han hecho, escriba qué va a hacer, dibuje sobre planos el dispositivo que va a utilizar, diseñe de antemano, con base en discusiones y escritos lo que usted va a medir y a recoger..." Eso para un experimento de laboratorio y también para un intento de transformar la vida en un barrio, para el mejoramiento de los procesos de planeación. Para cualquier procesito de mejora de la realidad, aunque sea modesto, el ámbito universitario nos dice "piénselo primero, prepárelo". Es una acción preparada.

Esto es tanto más importante cuanto comprendemos que buena parte de las acciones humanas están enmarcadas fuertemente en hábitos. Hay caminos conocidos, rutas conocidas, uno no piensa cómo pone los pies cuando camina, mucha gente ha vivido que si uno se fija demasiado en cómo camina se tropieza, o sea, se vuelve demasiado reflexivo. Todos hemos visto a Woody Allen¹ cuando va a coquetear se desdobra en dos y el otro empieza a soplarle, a decirle "arrímeselo un poquito, no todavía no...".

La reflexividad no hace parte de lo propicio para muchas de las acciones cotidianas. Muchas de ellas requieren una espontaneidad, un ritmo coordinado de persona a persona y una confianza,

como en el baile. Alguna vez aprendía a bailar algunos bailes mirando manuales y confieso que eso es duro. No les recomiendo utilizar la acción consciente sobre la acción para aprender a bailar, pero si quieren cambiar un día nuestra sociedad, o si quieren hacer alta ingeniería o alta tecnología creo que es inevitable pasar por el bautizo en ella.

Casi siempre en la tradición universitaria la acción sobre la acción tiene como función enriquecer la discusión, usted dura años preparando un experimento, lo hace, y lo básico es que quedó una huella en una publicación o un informe escrito, y si era relevante ayudó en la discusión.

Galileo es famosísimo por haber inventado el método experimental y si uno se va a ver la historia de Galileo uno de los aspectos clave de él es estar atrapado en una discusión académica fortísima entre platónicos y aristotélicos y él descubriendo la maravilla de argumentos que le da el experimento. Incluso hay toda una discusión entre historiadores de las ciencias sobre la posibilidad de que Galileo no haya hecho algunos de los experimentos, sino que los haya construido para contar lo que podría suceder si se hicieran. De hecho, explícitamente él propone experimentos que los historiadores han llamado experimentos mentales.

Miremos varios aspectos de esto. En Grecia inicialmente son objeto de discusión racional por lo menos tres cosas: el conocimiento de la realidad y ahí de la realidad física, teorías como las de los elementos, "Todo es agua": Tales; "Todo es fuego": Demócrito; teorías que de algún modo chocan unas con otras, como que cada filósofo importante se inventa la suya, como que no acumulan, como que patinan. Pero al mismo tiempo hay un área del conocimiento, la geometría, que era el bautizo de fuego de uno. A ustedes no les tocó, pero la humanidad durante más de 2.300 años educó a su gente más calificada vía geometría de Euclides. Que discusión racional, que demostración, cuándo, dónde, no, semanas, meses, estudiando un librito que partía de unas pocas definiciones, de unos pocos axiomas, y a partir de ahí todo lo probaba. Los axiomas y las definiciones eran supremamente

sencillos y “evidentes por sí mismos”— se decía en esa época, lo cual generó luego cantidad de investigación y reflexión—. Pero todo el que aceptaba o asumía esas premisas — hoy en día las llamamos hipótesis—, tenía que aceptar paso a paso la verdad de todo lo que se deducía. Y de esas pocas verdades se deducían montones de manera claramente obligatoria.

Es probable que si no se hubiera contado con una acumulación como la que producía la geometría la humanidad se hubiera desmoralizado, su fe en la racionalidad hubiera sido menor. Pero tenían ahí un monumento, se había podido construir al menos una catedral de conocimiento, que es la geometría de Euclides.

Ahora, desde muy temprano esta discusión no era sólo gratuita y aislada de la vida. Una vez puesto en marcha este dispositivo se aventuraba sobre la realidad misma. Voy a poner dos ejemplos, uno profundamente relacionado con la libertad: con Sócrates surge y se consolida la posibilidad de discutir racionalmente qué es lo más apropiado de hacer, qué es la perfección, qué es lo bueno, qué es lo recto, qué es lo adecuado en términos del comportamiento de cada persona y aparece el vértigo de lo que hoy en día llamaríamos la investigación moral, y Sócrates muere defendiendo el derecho a la investigación moral, pero también buscando que se acepte, y aceptando él en carne propia, el respeto a la ley.

La otra experiencia muy temprana en Grecia es que la discusión racional se mete con nada menos que el orden social, y lleva a la cosa extrañísima, vertiginosa, curiosísima, de tratar de definir desde un texto

la realidad social, ese texto — además con un nombre muy pretencioso— se llama Constitución. Es como después de haber nadado en el río natural, llamémoslo así, heredado de la vida social, decir paremos el río, pensémoslo y definámoslo. Constituir la sociedad desde un texto, darse una forma de gobierno y una forma de justicia, definir lo que son los fines compartidos por la sociedad, es una experiencia muy extraña, imagínense que un texto nos gobierne.

La universidad en cierto sentido es como una Torre de Babel, aquí hay mucho planteamiento distinto. Un especialista en ciencias humanas puede ver cosas muy distintas en el mismo objeto frente a lo que ve otro, y sin embargo se toleran.

En Chile me tocó escuchar a un expositor, íbamos a hablar de identidad latinoamericana, y yo venía entusiasmado con una serie de aportes sobre aspectos culturales comunes a los latinoamericanos, y lo que contó este profesor trastornó fuertemente mi mirada. Me dijo “un aporte esencial de los indios mapuches en Chile es que hemos entendido que lo que une a Chile no es la identidad cultural, sino que tenemos la misma constitución, es que nos hemos dado las

mismas reglas”. Ese profesor fue durísimo, me desbarató totalmente mi charla, porque dijo “habrá identidad latinoamericana el día en que haya constitución latinoamericana, el día en que los latinoamericanos, como ya están empezando a pensarlo los europeos, se den un sistema de reglas único”. Pongo el ejemplo apenas para que vean el impacto, la tradición académica parece una cosita aislada, marginal, pero está relacionado con la alta tecnología, con las pretensiones de autotransformación consciente de la sociedad, y con algo que va a ser clave en la segunda parte de mi exposición, que es el desarrollo personal.

A la tradición académica hay que añadirle una especie de bendición-maldición, algo ambiguo, que es la diversidad de disciplinas. Todavía en Platón hay un sueño de que la academia pueda producir unidad, pueda llevar a reconocer la unidad última entre lo bueno, lo bello y lo justo. Pero Aristóteles, alumno de Platón pronuncia una frase implacable en la metafísica: “El ser se dice de múltiples maneras”, y por tanto luego aparecerá: “La metafísica es el estudio del ser en tanto que ser”, “La física es el estudio del ser en tanto que...”, etcétera, para cada cosa. Desde Aristóteles hay la resignación de que para que la tradición académica funcione tenga que especializarse y todavía hoy vivimos la nostalgia de esa unidad, afortunadamente hoy en día en muchos campos no hay más alternativa que trabajar multidisciplinariamente o transdisciplinariamente. Ejemplo elemental: biotecnología.

Debería señalar que aún las sociedades que exploraron caminos muy alternos terminaron comprendiendo que una sociedad competitiva, poderosa en términos de su conocimiento, de su tecnología, de sus cambios cultural y legislativo conscientes, sólo era posible si cultivaba la tradición académica — hubo sociedades que se atrevieron a ensayar el experimento de integrar trabajo manual y trabajo intelectual y su aprendizaje fue muy duro—. Es decir, toda sociedad contemporánea necesita abrirle espacios y condiciones a la tradición académica, so precio de verse horriblemente debilitada ante las demás sociedades.

Paso a la siguiente fase y voy a abordar el tema de la libertad desde un ángulo que va a implicar un poquito más de participación por parte de ustedes. Les voy a preguntar cuál es su mayor orgullo en la vida, qué es lo que hasta ahora más los ha llenado de satisfacción. Confiéense por parejas o por tríos su mayor orgullo en la vida.

[El público realiza el ejercicio]

La universidad es una maravilla porque nos enseña la fuerza del argumento, nos hace vulnerables a la fuerza del argumento, cualquier persona puede cambiar mucho en la vida si a lo largo de ella se encuentra con otro u otros que tengan buenos argumentos. Y a mayor vulnerabilidad a la fuerza del argumento, menor vulnerabilidad y mayor capacidad de resistencia frente a otras formas de argumentar.

Cada orgullo es singular, incluso personas que usaron la misma frase si uno les contrapregunta y les dice por qué tal y tal cosa que acabas de decir es tu mayor orgullo, qué es lo que más te gustó, etc., a la segunda o tercera respuesta se diferencian, no hay dos orgullos iguales. Pero como el fin es tener un panorama de orgullos aquí presentes, les pido que aceptemos clasificarlos en grandes canastos:

Primer canasto, ¿quiénes tienen como principal orgullo el estar vivos? 1% de los asistentes. No es un grupo grande, pero cumple la maravillosa tarea de recordarnos a los demás que sin ese orgullo no existe ningún otro. Ese es el piso. El piso último es la vida.

Segundo canasto, ¿quiénes tuvieron orgullos de pertenencia, o sea, ser paísa, ser colombianos...? 3%. Es un nivel relativamente alto de pertenencia, frente a lo que es la pertenencia en la sociedad colombiana (son cifras muy aproximadas, el margen de error es, por lo menos, 50%).

Tercero, ¿quiénes tuvieron como mayor orgullo algo relacionado con la familia? 15 a 20%.

Cuarto, ¿quiénes tuvieron como mayor orgullo el haber logrado objetivos personales de trabajo, de estudio, el haberse propuesto metas y haberlas alcanzado?, 40%.

Quinto, ¿quiénes tuvieron como mayor orgullo ser como son? — hay gente que responde “mi mayor orgullo soy yo mismo”, “mi manera de ser”, o dicen “mi mayor orgullo es mi vitalidad”, o sea una cualidad subjetiva, personal— aproximadamente el 10%.

Sexto, ¿quiénes tuvieron como mayor orgullo ayuda a otros, hacerle bien a otros? 1%.

Hay un orgullo, lo mencionan aquí, relativamente poco frecuente, la red de amigos, Cuatro, o sea 0,1%.

¿Qué orgullos no quedaron recogidos? La pertenencia a la humanidad, los religiosos suelen ponerlos juntos con los de pertenencia. Hay gente que dice “la religión me hace parte de una comunidad”, y gente que dice “la religión es lo que

más ha permitido mi desarrollo personal, mi modo de ser”, son las dos caras de la religiosidad, si se me acepta esa simplificación. Pero miremos ¿quiénes tuvieron como mayor orgullo uno relacionado con la religión? Dos.

¿Qué tenemos acá? Tenemos un grupo parecido a Colombia en el sentido de que los dos valores más frecuentes en casi todos los auditorios en Colombia con los que he podido hacer este ejercicio son familia y logro, pero aquí la proporción es casi de dos o de tres a uno, más orientación al logro que familia. Quisiera demostrar las relaciones de eso con los temas que debo tratar hoy.

La primera es que salvo cierto comentario sobre lo último (religión), hubo tolerancia a la posibilidad de que el mayor orgullo del otro sea distinto del mío. No vi a nadie desgañitarse “¿cómo así que para usted su mayor orgullo sea la familia?”. Más bien siente uno envidia de la buena cuando alguien le dice con la cara toda sonriente “mi mayor orgullo es mi familia” uno dice “me gustaría tener una familia como la que tiene esta persona”, seguramente el otro cuando dice “haber logrado las metas que obtuve”, etc., lleva a admirar esa posibilidad. Estamos en una sociedad plural, en una sociedad que acepta la diversidad. No sé qué hubiera pasado hace 200, 300 ó 400 años en tiempos de la inquisición, pero me imagino que hubiera habido algún auditorio donde todo el mundo hubiera contestado lo mismo y al que hubiera contestado distinto lo hubiéramos mirado con mucha censura.

Hoy en día es muy impactante poder hacer esta pregunta y que todo el mundo acepte la diversidad, que no sea raro, ¿qué es un orgullo de estos?, es un valor encarnado. Subrayo encarnado porque yo puedo decir que para mí la puntualidad es un valor, pero si yo digo “mi mayor orgullo en la vida es ser puntual”, ustedes se reirían, porque les consta que llegué cinco minutos tarde, y pensarían “¿si ese es el mayor orgullo del hombre, cómo será?”.

Subrayo esto porque el modelo de la modernidad es inculcar valores aún a sabiendas de que no se

van a realizar inmediatamente. Cada uno de nosotros no sólo ha realizado algunos de sus valores sino que carga a bordo con una serie de valores que quisiera realizar pero que todavía realiza sólo parcialmente. Es una cosa muy rara propia de la modernidad, y está muy relacionada con la motivación al logro, que fue lo más fuerte en este grupo.

Quiero explicar brevemente la relación entre el valor que resultó mayoritario aquí (logro de objetivos y metas). Oí voces que decían “ponga 80%”, calculando debería poner cerca del 60, en todo caso ¿por qué esa alta motivación al logro?, ¿qué significa eso? Varias cosas. Probablemente ustedes han sido seleccionados porque la educación previa fue muy eficaz con ustedes, y segundo la propia universidad, enseñe lo que enseñe, enseñe Aristóteles o Platón o marxismo o teoría social de la iglesia, etc., en su manera de enseñar y de funcionar siembra un mensaje monótono lindísimo que dice “si tú quieres puedes, si tú te esfuerzas y organizas racionalmente tu esfuerzo el resultado estará al alcance de tu mano”. Es un mensaje antifatalista hermosísimo: “Está en tus manos. No basta con la fuerza bruta, no basta con madrugar todos los días a las tres y media, hay que organizar el esfuerzo. Pero si haces las dos cosas, si haces tu esfuerzo y lo organizas adecuadamente, si controlas racionalmente tu esfuerzo, si en vez de actuar a la topa tolontra sabes actuar reflexivamente sobre tu acción, la universidad te reconocerá tarde o temprano que lograste recorrer un camino”.

Y lo que es todavía más raro en la motivación al logro — digo raro aunque sea muy valioso— es que visto desde otras tradiciones culturales es muy extraño que una vez logras unas metas no te paras ahí, no te quedas el resto de tu vida diciendo “al fin entré a la universidad” o “al fin me gradué en la universidad” o “al fin pude sostenerme yo mismo”, sino que empiezas casi como un adicto a decir “¿y cuál es la otra meta? ¿Qué me puedo proponer?” Casi todos nosotros tenemos parientes que tienen pequeños negocios o que tienen la cafetería en la esquina y viven treinta años de la misma cafetería. Ese, por lo menos en lo económico, no podríamos decir que está motivado al logro. En cambio el que compra dos mesas más, el que busca arrendar un local al frente, el que a los cinco años está pensando en una cadenita de cafeterías, ese sí está motivado al logro.

De manera muy simplista, creo que una partecita de la violencia colombiana se explica por debilidad de la violencia simbólica, la gente acude a veces a la violencia física porque se quedó sin palabras, porque no tuvo una manera de defender su dignidad

El límite entre violencia simbólica y violencia física es un límite muy frágil. Se necesita una especie de enorme pacto de caballeros y de enorme aprecio para decir vamos a guerrear muchísimo, pero guerreamos en el espacio de los símbolos.



Hay una curiosísima coincidencia, si se quiere aburridora, entre todo el proceso de estructuración de la sociedad a través de la educación y todo lo que son las formas actuales de economía. Es decir, aquí y allá hay competencia, y lo bonito de esa competencia frente a otras es que es una competencia con reglas y una competencia donde tus resultados no dependen de destruir al otro sino de ser capaz de realizar tus esfuerzos. Dicho de alguna manera es una competencia zanahoria donde usted no está en nada si es el mejor del curso porque logró quitarle los trabajos a los compañeros. Es difícil que cuente que su mayor orgullo sea ser el primero del curso. El chiste de ser el primero del curso, para que se vuelva orgullo de uno, es que tiene que ser por las buenas, el que fue primero porque compró el examen no puede estar orgulloso de ser el mejor. Hay una definición de criterios de calidad y unas reglas que se respetan y que son claves contemporáneamente.

De manera muy lenta he planteado que esto está muy relacionado con la universidad. En Colombia se ha medido motivación al logro con intervalos de veinte o veinticinco años y ha crecido mucho. Los estratos 1 y 2 tienen hoy en día la motivación al logro que tenían hace treinta años los estratos 5 y 6. Antes esta variable estaba distribuida muy desigualmente, los motivados al logro eran los sectores más poderosos. Hoy en día todo el mundo quiere experimentar y experimenta y aprende que “si quiero, puedo”. Es un factor clave que está muy ligado al reconocimiento de la igualdad, aunque sea en el aspecto un poco parcial que es la igualdad de oportunidades. Gran cantidad de gente dice “si a mí me dan la misma oportunidad les demostraré que yo también puedo o que lo hago incluso mejor”.

Ahora quisiera preguntarles otra cosa y luego con todas estas herramientas a bordo volvemos sobre la bendita libertad.

La bendita libertad fue durante muchos siglos un privilegio de algunos. Para mí lo maravilloso del concepto de libertad es que se asoció a dignidad humana y a equidad e igualdad. Hoy en día yo no puedo ser libre si en mi cabeza cabe suprimirle la libertad de una manera arbitraria, ilegítima, a otro ser humano. Es decir, mi libertad está condicionada por mi reconocimiento a la libertad de los demás.

Quiero abordar esto de una manera un poco más sencilla a través de una pregunta ¿Qué nos guía más? Voy a preguntar por tres clases de guía: admiración por la ley o temor a cárcel o a multa, autogratificación por parte de la conciencia o temor a la culpa, reconocimiento social o rechazo social. De las seis opciones escojan.

Las repaso: admiración por la ley, alguien puede decir “la Constitución colombiana me llena de emoción al leerla”. Si uno estudia un poquito de antropología o sociología descubre que el comportamiento humano es colectivamente impuesto y heredado. Uno puede admirar la ley por la manera en que se crea. La formulación de las leyes da la posibilidad de reunirse y discutir asuntos y situaciones como, por ejemplo, que a las mujeres, o a los indígenas, los consideráramos seres de segunda, y argumentar “esa postura no aguanta la discusión”, y poner ejemplos concretos que demuestren lo contrario en otra cultura, en las mujeres que sí han podido estudiar, etc. — yo conocí a una de las tres primeras mujeres estudiantes de la Universidad Nacional, ella me contaba cómo había sido la entrada a ese mundo absolutamente masculino—. Cuando yo era niño el poder de la mujer sobre su patrimonio era distinto del poder del hombre. Entonces uno puede admirar que la discusión racional de posibles reglas permita aprobar reglas que cambien las cosas, que digan “de ahora en adelante la mujer podrá disponer de su patrimonio como cualquier hombre”.

También se puede admirar la ley por los objetivos. Me da pena invocar la ley zanahoria o la prohibición de la pólvora, pero es la vida, la piel humana, la integridad de los niños, lo que buscan proteger.

Y uno puede admirar la ley por la manera en que se aplica. Un juez de la República puede estar absolutamente convencido de que una persona es culpable, pero no basta su convicción, tiene que argumentar, formularle cargos, acusarla de un delito y, es más, tiene que darle el derecho a que contraargumente, a que se defienda. Nadie podrá ser sancionado sin la posibilidad maravillosa de la controversia. Claro, ustedes me dirán “la realización de eso en la práctica es limitada, es imperfecta”, pero yo no cambiaría mi sociedad con un Estado de Derecho parcial por una sociedad sin Estado de Derecho. Una sociedad sin Estado de Derecho es como en un banco a la hora de cobrar sin filas, el que más codee, el más gordo, el más cuajado barre, y ni siquiera cabe el reclamo del otro “oiga señor, aquí hay filas”.

Hace treinta años una de nuestras compañeras quedó embarazada, y desapareció, literalmente. Nunca nos dijeron oficialmente “fulana de tal no los acompaña más porque quedó embarazada”. Se supo en voz baja, en chisme, como si le hubiera dado una especie de deformidad humana o hubiera cometido un sacrilegio terrible. Por eso cuando yo vi la primera tutela en que una muchacha colombiana fue regresada por un juez a su colegio y se pudo entender que la lucha legítima contra el embarazo precoz no puede ser al costo del derecho a la educación, tiene que ser continuada pero por otros medios, esa vez se me pararon los pelos de punta, yo dije “esta es la ley y esto va bien”. Eso es algo que nos puede guiar.

Temor a cárcel o a multa. Hace seis años cuando salía una nueva ley lo primero que yo hacía era mirar el capítulo de sanciones y decía ¿esto tiene dientes o no?, y si no tenía dientes decía este es un saludo a la bandera, sobreentendido que no es demasiado eficaz. Reconozco que el día que leí la frase de Durkheim²: “Hay ley donde hay sanción”, eso me gustó. Hoy en día tengo mucha distancia frente a la emoción de ese momento, pero la ley a veces es obedecida por el temor al castigo. Castigo que además se aplica siguiendo unas reglas. Es una cosa asombrosa, es decir, la sociedad te puede castigar pero te estipula el protocolo, el camino que se sigue para castigar, no te sale con sorpresas.

Autogratificación de la conciencia es otra guía, es cuando uno hace algo a pesar de que no lo feliciten, no haya reconocimientos. Otra alternativa, que es un poco la mía, medio dura, es el pavor a la culpa. Si uno hace las cosas bien uno medio se premia, se consiente, se abraza, se estima, sube un poquito en la autoestima, pero ¡ay de que uno se comporte contra su conciencia! Se le sube a uno un monstrico que no lo suelta y que lo sigue a donde vaya y le dice “manito eso no se debía hacer, esa manera de resolver tal problema, esa manera de abordar tal persona, esa manera de responder, eso no funciona”.

También uno puede verse muy guiado — yo creo que todos hemos pasado por todas— por el reconocimiento social, por la aprobación, la atención que ustedes prestan es como mil abrazos. Es muy

gratificador. O puede haber el rechazo social, que también es muy eficaz: cuando la gente te censura y te dice “eso no es aceptable”.

¿Cuál de estos seis tipos de regulación los regula más? ¿Cuál de las seis guías funciona más en cada uno de ustedes? De nuevo esto es posible gracias a una enorme dosis de sinceridad. Me piden que abra una casilla que involucra el temor a la muerte, pero quiero llamar a que el temor a la muerte o la actuación por dinero no son reglas, en cambio, las seis guías son reglas — las reglas explícitas de la sociedad, las constituciones, las leyes, etc., las reglas que yo mismo me fijo, que mi conciencia, mi criterio moral me imponen, o las reglas culturales, sociales del medio, la sociedad y el subgrupo al que pertenezco—. Pero cuando usted es condicionado con dinero o con violencia de alguna manera ahí ya no hay reglas. Yo me casé en un circo, y el circo tiene muchas caras bonitas pero una de las cosas terribles es la manera en que hacen que el elefante levante la pata. Yo sí creo que hay una distancia sustantiva entre cómo se condiciona a un elefante para que levante la pata a cómo es que nos debemos regular los seres humanos. Considero que dinero y violencia actúan sobre el comportamiento humano, pero creo que las seis guías que mencioné son un blindaje profundísimo contra la precariedad del manejo puramente vía dinero o vía intimidación o vía acción violenta. Pero vale la pena incluir las ocho. Ahora quisiera invitar a que digan cuál de ellas los gobierna más:

¿Quiénes se sienten gobernados sobre todo por el dinero? Ninguno.

¿Por el temor a la muerte? Siete.

¿Por admiración por la ley? Nueve.

¿Por temor a la cárcel o a la multa? Seis.

¿Por la autogratificación de su propia conciencia? 70%.

¿Por la culpa? 20%.

¿Reconocimiento social? 2%.

¿Rechazo social, el temor al qué dirán? 2%.

Felicitaciones, a mí esa sinceridad me llena de esperanzas. Los latinoamericanos podemos llegar a construir confianza mucho más rápido que los europeos por la capacidad que tenemos de ser sinceros, de contarnos las cosas. Esta misma pregunta, y la de los orgullos, cuando la he hecho en auditorios europeos o norteamericanos pone a la gente a decir “un momentico, yo por qué tengo que contar eso, eso es mío, es de adentro”. Ahora les voy a pedir que respondan la misma pregunta referida a los colombianos en general. ¿A qué obedece un colombiano promedio?

¿Quiénes creen que lo que más motiva al colombiano promedio es el dinero? 40%.

¿El temor a la muerte? Aproximadamente un 1%.

¿La admiración por la ley? Tres.

¿El temor a la multa o a la cárcel? 20%.

¿La autogratificación de su conciencia? Cinco.

¿El temor a la culpa? Menos de 1%.

¿Por reconocimiento social? 2%.

¿Por rechazo social, por el qué dirán? 1%.

Ahora podemos hacer el análisis. De lejos las casillas más débiles fueron las de admiración por la ley (9, 3), que no alcanzarían a sumar ni el 1%, y que demostrarían la debilidad de nuestra cultura democrática. En una cultura democrática la admiración por la ley tiene un peso regulador más alto y además está asociado a entender la ley como acuerdos, no como imposición. Quiero darles algunas evidencias elementales de eso:

La primera vez que yo ejecuté recursos públicos — eran como cincuenta mil pesos, hoy serían como 500 mil, alcanzaba para comprar dos grabadoras y unos 50 libros —, la funcionaria de la Universidad Nacional que me entregó la plata me dijo “qué pena profesor, la ley es muy fastidiosa. Para estas dos grabadoras le toca buscar tres cotizaciones...” Me envenené la relación con la ley, en vez de decirme “mire qué maravilla, estos pesos son distintos de

los que usted carga en su bolsillo, usted cuando gaste pesos de su bolsillo compre la grabadora al precio que se la vendan en el primer sitio que encuentre. Esta platica es del público, del contribuyente, hubiera podido aplicarse en guarderías, en el sistema educativo, en el sistema de salud o en la infraestructura para todos. Esta platica, qué maravilla, hay que usarla con mucho más cuidado que la otra". Pero ella lo que hizo fue envenenarme, aburrirme. Mucho funcionario actúa así, diciendo "qué pena hombre, cómo es de absurda la ley".

Uno de los productos más bellos de la libertad humana es la ley explícita, es el acuerdo. Quiero subrayar que yo mismo en general en mi vida he preferido las reglas culturales. Eso es extraño porque soy públicamente conocido como un violador de reglas culturales. El vaso de agua, el destape...

Recuerdo una discusión con una psiquiatra inglesa, yo le decía "¿por qué tantos acuerdos? ¿Por qué no más bien reglas culturales, reglas donde usted llega y ya se sabe cómo es la cosa y usted simplemente aprende como el caminado de los demás?". Y ella me puso un ejemplo que me parece memorable, me dijo "mire, hace sesenta años, usted se casa, va a trabajar, regresa a su casa, se sienta, pone las dos manos sobre la mesa y se produce un milagro, aparece un plato servido. Prácticamente a la fija, eso se puede contar, esa es una regla cultural. Hoy en día usted se casa y si no hace un acuerdo sobre ese tema muy probablemente ella se sienta en la otra punta de la mesa y le dice "¿por qué no miramos qué hay en la nevera?" O "yo conozco un buen restaurante a la vuelta". Cantidad de reglas culturales han tenido que ser reemplazadas por acuerdos, y cantidad de cosas que estaban dejadas a la herencia, a lo tradicional hoy en día hay que convenirlas".

Hoy en día hay que decir ¿estamos dispuestos a resolver problemas matándonos o consideramos mejor pactar de entrada una regla? Porque vamos a seguir con cantidad de desavenencias pero una regla básica será "no resolver los problemas vía violenta", es pactar, construir. Obviamente estamos en la transición. Es una transición compleja, pero probablemente estamos en ese camino. Ya superamos la ingenuidad de la pura herencia cultural. Quizás algunos sueñen que la situación se resolverá mágicamente: "pasó un profeta y nos dejó a todos respetando la piel humana", tal vez eso funcione, tal vez cuando los poetas nos llamen a respetar la vida humana sean muy eficaces, pero la regla básica es preguntarnos ¿si estuviera en nuestras manos, cómo decidiríamos el tema? ¿Es

Yo todavía me impacto ante la coherencia entre los planteamientos teóricos de Gandhi y su vida. Todavía nos sigue atrayendo el enlace entre teoría y praxis en la persona. Pero la tradición académica te inculca como un imperativo evaluar las dos cosas separadas.

Los estratos 1 y 2 tienen hoy en día la motivación al logro que tenían hace treinta años los estratos 5 y 6. Antes esta variable estaba distribuida muy desigualmente, los motivados al logro eran los sectores más poderosos. Hoy en día todo el mundo quiere experimentar y experimenta y aprende que «si quiero, puedo».

aceptable o no usar la violencia para resolver una discusión? ¿Es aceptable o no usar la violencia para dirimir algo que podría dirimirse mediante discusión?

Esa es la presencia de los acuerdos y de los pactos. Y de los pactos obtenidos ojalá sin la presión de la fuerza. Ese es tal vez el dilema colombiano más complejo, es cómo hacemos para transitar de la exclusión injusta, de la persecución injusta, de la respuesta chantajista de ponerte un cuchillo debajo del cuello a ver si estás de acuerdo, a una situación en la que dices

“un momentico, bájame el cuchillo y déjame pensar, pensemos, arriesguémonos a la discusión, arriesguémonos a lo sensato”. Estamos en esa transición.

Quiero analizar las cifras que nos dieron:

Primero, si no recuerdo mal ninguna o pocas personas dijeron que lo que más las guía es el dinero, pero consideramos que a los demás colombianos sí los guía el dinero. Me parece muy preocupante esta simetría. Esto añade un eslabón a mi teoría, yo nunca lo había visto así con cifras tan contundentes, una caricatura de nuestra idiosincrasia sería “A mí no me guía el dinero para nada, pero al vecino sí”.

Segundo, si miramos por columnas, claramente la columna más amplia fue esta: nosotros nos guiamos por conciencia — en más de tres cuartas partes por la autoestima, por la cosa bella del grillo que le dice a uno “estuvo bien”, y un poquito menos de una cuarta parte por culpa—, un tricitín nos guiamos por reconocimiento social y una gotica por ley. Esto es una simplificación, le debí pedir a cada uno que distribuyera tres puntos entre las seis casillas, metodológicamente no nos daría una imagen tan contrastada. Pero, simplificando, dijimos: “nosotros nos guiamos por nuestra conciencia y un poquitico por la cultura o el qué dirán y otro poquitico muy pequeño por ley”.

En cambio, dijimos que “los demás se guían fuertemente por la ley, y un poquito por la cultura y muy fuertemente por el dinero”. Esa es la conclusión. Hay una simetría: yo me guío por la conciencia, tú te guías por el dinero y la ley.

De manera más simplificada, si uno olvida la columna de la ley dice: “tú y yo nos entendemos por las buenas, yo entiendo por mi conciencia, tú entiendes por las buenas vía dinero”, si uno quita la columna del dinero dice: “yo entiendo por las buenas y tú por las malas”.

Este es el resultado general aplicando esto hasta en las cárceles. Uno podría decir que esta simetría se debe a que ustedes son más educados, pero al repetir este mismo tipo de preguntas en sectores menos educados da lo mismo. O sea, cada colombiano honradamente cree que se guía por su propia conciencia pero ve a los demás guiados desde afuera, y cada colombiano tiende a decir: “yo entiendo por las buenas”, pero a pensar que los demás entienden por las malas o vía dinero. Imagínense un modelo de sociedad muy elemental reducido a dos personas, que cada una piense así de la otra.

Esa simetría es problemática en términos de convivencia. Cantidad de cosas se deducen de buena fe. Si yo realmente pienso que los demás entienden por las malas tiendo a acudir con más facilidad al castigo y a la violencia como método. Si ambos pensamos que entendemos por las malas es más probable que terminemos en la historia del odontólogo: Va alguien donde el odontólogo y el odontólogo le clava la fresa a fondo, implacable, entonces el paciente estira la mano y agarra al odontólogo de donde sabemos y le dice “hagámonos pasito”.

Eso suena chistoso, yo me reí mucho la primera vez, pero entre más lo pienso más dramático me parece. Ese odontólogo y ese paciente olvidaron decenas, tal vez centenares de milenios de lenguaje. El odontólogo no le explica al paciente “te va a doler, es por tu bien, es un pico agudo de dolor, pero pasado ese pico de dolores mucho mejor que la anestesia”, o “mira me da vergüenza contigo, pero el Seguro no tiene anestesia en este momento”, o “tendríamos que esperar veinte minutos para que la anestesia te haga efecto, entonces yo dejaría de tratar cuatro o cinco pacientes”, explicaciones. O pactos: “si te duele demasiado me haces una señal y yo paro y buscamos la anestesia”. El odontólogo tenía toda la comunicación humana a su alcance y la dejó de lado. Pero también pasa lo mismo desde el lado del paciente. El paciente podía expresar su dolor, aullar, gritar sin mover la cara, llamar la atención del odontólogo sin perturbar su trabajo, además tenía sus manos, sus pies, tenía miles de maneras de comunicarle al otro “me duele demasiado”.

Ese cuento es una radiografía muy cruel de la sustitución del lenguaje por la posibilidad mutua de infligirse daño, es una caricatura de ciertas relaciones sociales. Por ejemplo en la clase política colombiana ese modelo funciona con frecuencia. Los organismos de control son en parte sistemas de “hagámonos pasito”. O sea, “si tú me investigas demasiado duro, atente”. A mí me tocó pasar por el drama de oír cómo uno de los ex alcaldes que más respeto en Colombia

Cada uno de nosotros no sólo ha realizado algunos de sus valores sino que carga a bordo con una serie de valores que quisiera realizar pero que todavía realiza sólo parcialmente.

contaba en un evento internacional, en la mesa del almuerzo, la manera en que se había zafado de la presión de la Contraloría de su municipio, ¿qué hizo?, armó un fólder, se lo llevó al otro y le dijo “mire este fólder, tengo uno igual en mi oficina”, y era una cosa ridícula: fotos del contralor del municipio con la amante. Hasta gente supremamente zanahoria, supremamente parecida a uno ha utilizado el “hagámonos pasito”.

Aprender a no utilizar la intimidación, la amenaza es todo un aprendizaje. Preparando la charla pensé mucho si no debía centrarla en este tema y hay un artículo de un filósofo canadiense, que se llama algo así como “Anuncios y amenazas”. Este filósofo hace veinte años escribió un artículo de filosofía analítica, muy detallada, muy rigurosa justificando la amenaza, y hace cinco años volvió sobre el tema y escribió un artículo lindísimo, cuya tesis central es “un ser racional no amenaza a otro ser racional”. Si hay amenaza es porque o este no es racional o creyó que el otro no era racional. El cuento del hagámonos pasito es una supresión de la presunción de racionalidad, y eso tiene unas implicaciones enormes. Si yo te pienso de cierta manera yo te ayudo a ser de esa manera, si yo te pienso como básicamente modulado por el castigo o por el dinero yo te ayudo a ser alguien modulado por el castigo o por el dinero.

Devolvámonos a algo mucho más temprano: uno aprende a hablar porque los adultos le hablan, porque los adultos cualquier palabrita o sonido que salga del bebé dicen “ya contestó”. Puede que sea un eructo, pero uno tiene la fe de decir “me dijo algo”, “contestó”, “me dijo que sí quería tetero”, mentiras, todavía no, pero uno hace una hipótesis benigna, uno considera al otro como un hablante mucho tiempo antes de que el otro sea un hablante, y lo vuelve hablante, y lo constituye como hablante. Imagínense un par de padres superprácticos que digan “el chino no habla, pa’ qué le hablamos, cuando hable le hablamos”.

Para mí lo maravilloso del concepto de libertad es que se asoció a dignidad humana y a equidad e igualdad. Hoy en día yo no puedo ser libre si en mi cabeza cabe suprimirle la libertad de una manera arbitraria, ilegítima, a otro ser humano. Es decir, mi libertad está condicionada por mi reconocimiento a la libertad de los demás.

Lo mismo con la libertad. Si tú crees que el otro es libre lo vuelves libre. Es la presunción, una suposición. Tú puedes ver al otro encadenadísimo, pero si cualquier asomo de su propia iniciativa, de su propio criterio, lo respetas y lo reconoces como una expresión de su libertad, tú le ayudas a ser libre. Hay una construcción. Sólo tratándonos como seres libres consolidamos la libertad.

Anders Compas escribió hace unos días una columna bellísima diciendo: miren las ciencias sociales nos pueden llenar de

*cantidad de información para explicarnos hasta qué punto nuestra conducta no es nuestra, hasta qué punto somos el resultado de nuestros padres, de las fuerzas sociales, del mercado, de la tradición. Sin embargo ninguno de nosotros sacrificaría la idea de responsabilidad y de libertad. Entre más entendemos eso más apreciamos los resquicios en los cuales escogemos. Sartre libró una pelea durísima en su vida sobre eso. Uno de los aportes más grandes de Sartre fue su lucha contra el *fueque*. Cuando alguien le decía es que fue que me reclutaron, fue que me trajeron... Sartre le decía: “tú hubieras podido escaparte, hubieras podido negarte, hubieras podido rechazar. No me vengas con cuentos de que estás aquí porque te trajeron. Tú escogiste venir aquí, asúmelo”. Era una pelea contra él mismo y contra los demás diciendo “nada de cuentos, toda la fuerza discursiva no debe servirnos para excusarnos, debe servirnos para asumir la responsabilidad, para saber que hacemos lo que hacemos porque escogemos hacerlo. Aún si estamos bajo presión escogemos ceder a la presión”. Y sólo ese tipo de hipótesis nos hace libres. Todo el derecho, toda la presunción de dignidad humana, de igualdad en la dignidad humana, sólo se puede desarrollar si nos reconocemos como centros autónomos de acción.*

Estamos exactamente a mitad de camino. La mayoría de los colombianos —según la investigación que hacemos, que da resultados muy parecidos a los obtenidos aquí en el ejercicio— nos creemos mayores de edad en el sentido kantiano, “a quien más obedezco es a mi propio criterio”. Nos consideramos personas que hemos asumido nuestro propio criterio. Pero consideramos que estamos en una sociedad de menores de edad. ¿Se imaginan el drama? Cada uno pensando “yo soy mayor de edad”, pero también que “los demás son menores de edad”. Cada uno se siente un adulto entre niños, entre menores de edad.

Todavía no he descubierto el espejo que nos permita decir “lo que pienso del otro es lo que podría pensar de mí mismo, lo que seguramente el otro piensa de mí”. Cómo hago para hacer explícito eso, para que nos pasen esas cosas de desconcierto

*asombroso que nos pasan en la vida. Recuerdo dos: esta investigación me ha producido el mismo desconcierto que me produjo alguna vez que estaba en el mar, abrí la boca y tragué agua, pero el agua era dulce. Duré como tres o cuatro segundos completamente descodificado, como dicen los *pelaos*, como en blanco, hasta que entendí: cerca desembocaba un río de agua dulce. Imagínense una ola grandísima y uno tragar y que le salga dulce. Otro suceso de ese estilo: en el Museo de la Ciencia y el Juego en la Nacional en Bogotá uno mete las manos en una cosa luminosa y le quedan debajo de un vidrio, le dan la instrucción de que ponga las dos manos con la palma hacia arriba y uno mueve el meñique derecho y se le mueve el izquierdo. Por un ratito uno queda completamente grogui, porque algo muy inesperado sucedió.*

Quisiera que algún día ante el descubrimiento de cuán parecidos somos los colombianos, además parecidos en lo arbitrariamente injustos con los demás colombianos, pudiera yo aproximarme a esa sensación. Hasta en las cárceles los colombianos me han dicho que lo que más los gobierna es su moral. Lo chistoso es que los demás colombianos le tienen susto a la cárcel, no al que está en la cárcel, él piensa que los demás le temen a la cárcel.

En el siglo pasado en Colombia fue muy importante Bentham³. En el debate filosófico colombiano era crucial el debate sobre el utilitarismo de Bentham contra la filosofía religiosa. Pero lo lindo es que esa polémica se centró en moral y ley, y la regulación cultural social quedó en un segundo plano. O sea no hubo teoría de la sociedad, por lo menos que yo conozca, que esgrimiera “un momentico, también existen las costumbres y la definición colectiva”. La paradoja más bella de la vida es la siguiente: Bentham venía de una sociedad donde el derecho se ancla en las costumbres, donde el piso del derecho no es la constitución. Es de las pocas sociedades en la historia de la humanidad que han mantenido un anclaje directo de la ley en la costumbre.

Bentham, fruto exquisito de la academia inglesa, es fuertemente recibido en América Latina. Si algún día van a Londres visíten la momia de Bentham en

la Universidad de Londres, que él ayudó a fundar. Él está ahí momificado porque supuestamente pidió que lo dejaran en la universidad y que lo embalsamara un médico siguiendo las instrucciones en un texto que se llama *Autoicoma*. Fíjense lo creído que era el señor, se mandó momificar y colocar en un rincón de la universidad. Al pie de la momia hay unos documentos: *Carta a Miranda*, prócer de la libertad de Venezuela; *Borrador de carta de Bentham a Bolívar*, con flechas, y dicen tal cosa debe ir en código civil, tal otra en código penal, esto en la constitución, o sea, Bentham diciéndole al libertador la cosa es por aquí y por allí. Abajo hay un letrerito que dice: la versión definitiva de esta carta se puede ver en el museo tal en Caracas. Y el tercer documento que hay en esa vitrinita al lado de la momia de Bentham es un retrato del general Santander y debajo una litografía que dice General Santander presidente de la República de Colombia en tales periodos “No puedo dormir sin un libro de Bentham al pie de mi cama”. Cada vez que los liberales ganaban imponían la enseñanza obligatoria de Bentham, cada vez que los conservadores ganaban lo prohibían.

Aunque no nos guste, aunque no lo queramos, la realidad colombiana ya está atravesada históricamente. Bentham en Inglaterra era el fundador de un club de excéntricos. Él mismo decía que toda persona medio famosa debía donar su cuerpo para servir a fines educativos después de muerto, o sea que lo embalsamaran y lo colocaran en los parques, que sirviera ahí como ayuda educativa. Ese Bentham, al cual Inglaterra le hace caso con mucha prudencia, que fue mucho menos influyente en Inglaterra que en Colombia, marcó muchísimo nuestro siglo pasado, y básicamente restringió la discusión a moral y ley. Sabiendo que los acuerdos reemplazan en parte las tradiciones, las costumbres, de todas maneras no puedo negar que gran parte de la vida social sigue regida por costumbres, por reacciones colectivas. Varios temas: violencia, corrupción o sus inversos, probidad, por qué hay mucha gente proba y pacífica en Colombia, porque se juntan los mecanismos de la conciencia (autogratisfación o temor a la culpa) con los de la ley (admiración o temor a cárcel o multa), porque hay armonía entre ambos.

Con estos elementos, de una manera un poco rápida miremos una aproximación a la libertad. La libertad para mí consistiría en la autolegislación, en la autorregulación, pero en una autorregulación reflexiva, yo me gobierno a mí mismo pero dándome cuenta de lo que hago, no inconscientemente, no a la topa tolontra. O sea, soy libre si logro trazarme unos derroteros y cumplirlos, si tengo una relación reflexiva con mi comportamiento.

Voy a poner ejemplos, perdonenme lo prosaicos. Si a las tres de la mañana, entre copa y copa, empiezo a dudar: “hombre, una relación extramatrimonial vendría como bien, ¿no?”, ahí no estoy siendo ni libre ni moral, ahí estoy atrapado en las circunstancias, no voy por la ruta que yo mismo me he fijado, sino por una ruta azarosa, caótica, que es el destino, el azar, eso se puede poetizar de mil maneras. En todo caso no es el mejor ejemplo de libertad. Ahora pongámoslo de la siguiente manera, si me hago la pregunta en sano juicio yo tengo, a la luz de las reflexiones de los filósofos, varios problemitas por resolver, el primero es: ¿aceptaría yo hacer de eso una regla?, ¿me permito relaciones extramatrimoniales? Sí o no, pero en una discusión en frío, en general, no ante el caso o el momento específico.

Entonces Kant — que es tal vez el primer filósofo que trabaja a fondo el tema de las libertades como autorregulación, autolegislación o mayoría de edad— dice: “sí, que cada cual (si se va a mirar la moral desde el ángulo racional, porque se puede mirar desde otros ángulos) se regule, se fije su propia legislación, sus propias normas, pero que sean tales que uno pueda querer que los demás sigan la misma norma”. Vuelvo al ejemplo, yo puedo ponerme por regla que las relaciones extramatrimoniales son aceptables, pero, entonces, tengo que aceptar el siguiente experimento mental ¿aceptaría yo de buena gana, casi recomendaría, que todos ustedes las tuvieran? ¿Aceptaría yo que mi hermana, mis dos hijas, mi madre y mi esposa tuvieran relaciones extramatrimoniales cuando quisieran? Y si las respuestas son sí, sí, sí.

Es un experimento muy exigente y al mismo tiempo muy sencillo. El lenguaje es muy coloquial y el propio Kant lo muestra de manera muy

sofisticada, es cero ley del embudo. Kant muestra que su formulación es equivalente lógicamente, sobre eso hay una polémica académica bonita, pero por lo menos en una de las dos direcciones funciona la demostración y en la otra hay discusión sobre detallitos, pero Kant dice “mi regla es: sigue reglas que tú mismo te fijes, pero que sean tales que tú puedas querer que todos los demás sigan esas mismas reglas”. Esa regla es equivalente a esta otra “siempre que trates con un ser humano considéralo no sólo como un medio sino también como un fin en sí mismo”. Puro reconocimiento de la dignidad humana de cada ser humano, o sea, gobiérnate como quieras, fíjate tus reglas, pero sólo si asumes la dignidad de cada ser humano, de todo ser humano, en tu manera de legislar sobre ti mismo, puedes merecer la pretensión de moralidad, y si tu libertad no es asumida con moralidad no es libertad, es minoría de edad, es capricho, es búsqueda azarosa, es exploración como la que podría hacer cualquier mamífero.

Ahora, eso puede llevar a tensiones con la ley (cárcel o multa) y a tensiones con la cultura (reconocimiento o rechazo social). Pero lo clave es que hay unas herramientas tanto en el desarrollo de la moral individual como en desarrollo de la legislación que aumentan la libertad. Obviamente que a nosotros nadie nos consulta al volvemos parte de una sociedad, pero una vez que somos parte de ella, sin haber escogido serlo, sí podemos participar en discusiones públicas racionales sobre cuáles son las reglas que queremos ponerle. Imagínense que adaptáramos la constitución colombiana a la cultura: Cada vez que haya contratación pública los participantes podrán desviar hasta el no sé cuánto por ciento para sus bolsillos particulares; cada vez que un subsidio no alcance para todos se utilizará para generar un sistema de lealtades y de favores privados entre los beneficiarios, que sirva de algo, ya que no alcanza para todos; que no se pueden pavimentar todas las calles de la ciudad entonces que la gente, las juntas de acción comunal o los barrios más amigos al gobierno sean los que reciban los beneficios... Si uno hiciera esa caricatura, al rato la gente diría: “yo no aprobaría esa constitución”.

Seguramente durante mucho tiempo el piso seguirá siendo la cultura, las costumbres, los hábitos. Cuando la ley y la conciencia se contradicen casi siempre gana la cultura.

Es muy bello encontrar gente que cuenta su primera experiencia de cuando su reflexión moral lo puso por encima de lo culturalmente aceptado. Les quiero contar dos ejemplos: un grupo de ciudadanos decidió que lo más urgente era aumentar la probidad; nos preguntamos cómo hacerlo y formamos un grupo de trabajo. Una vez detectada esa prioridad dijimos demos el siguiente paso: contémonos las proezas de probidad.

La primera era supremamente ingenua, un ciudadano que dijo: “yo en el colegio era copietas y cuando llegué a la universidad seguí copiando. Un día mi mano no bajó hasta el bolsillo, se quedó en la mitad del camino y prefirió tomar el estilógrafo, puse mi nombre en la hoja, y se la entregué al profesor diciéndole: póngame la nota que me merezco”. En la manera en que ese ciudadano dijo “la nota que me merezco” hubo una pequeña lucecita.

La segunda fue una señora que dijo: “yo hace veinte años acompañé a mi madre a reclamar una pensión en el Seguro Social. Había unas filas enormes, entonces se me saltó la piedra y yo tomé a mi madre del brazo, crucé las filas, me adelanté, empujé, alegué, discutí, le dije cuentos a los porteros para que me dejaran subir y subí donde el gerente... Cuando bajé con mi mamá, al salir vi las filas, en ese momento decidí subir a mi mamá en un taxi, me devolví y pedí en las filas que se escogieran cinco voceros, subí con ellos donde el gerente y los dejé hablando con él”. Aprovecho ese ejemplo para que reflexionemos dónde se hizo libre esa señora, si cuando rompió la fila, si cuando logró el objetivo personal que tenía propuesto o cuando comprendió que su solución no era solución si no era universalizable.

Ahora quiero unir rápidamente comunicación y libertad.

Kant defendía sobre todo dos libertades. No sé si la teoría aplique para hoy en día y aplique



*para nuestro país, estamos en una sociedad donde en parte todavía somos menores de edad, estamos en una transición. Aceptemos un proceso que Kant llama ilustración — un texto famosísimo de él es *Qué es la ilustración*—, que es el proceso por el cual se pasa de la minoría de edad a la mayoría de edad, el proceso por el cual la gente se atreve a hacer lo que aquí dijimos que hacemos, gobernarse por su propia conciencia. Kant no pide todas las libertades, pide dos básicas, libertad de pensamiento y libertad de expresión y pone una condición rarísima que hoy en día tal vez nos hace sonreír, “acepten desdoblarse un poco, sigan haciendo lo que la sociedad les pide, sigan obedeciendo la ley vigente pero atrevanse a pensar, atrevanse a discutir, atrevanse a escribir en revistas especializadas”, y pone un ejemplo extremo: “¿un cura, que es un funcionario de la iglesia, puede confesar sus dudas teológicas durante el sermón? No señor, como funcionario de la iglesia su sermón no es el lugar para expresar sus dudas, debe ser un sermón como siempre. Pero como ciudadano, o sea, al precio de un cierto desdoblamiento entre funcionario y ciudadano, usted tiene la posibilidad y el deber de expresar sus dudas en las revistas especializadas. Mande un artículo, discuta con los que saben de teología, procese sus dudas”. Él utiliza una recomendación que hacía Federico II, fundador del llamado despotismo ilustrado, que decía “razonad, razonad todo lo que queráis, pero obedeced”.*

No quiero decir que la universidad consiste exactamente en eso, pero la universidad le debe mucho a ese tipo de actitud. En la universidad pública colombiana, muchas más veces que en la privada, la gente pasa del puro razonar al intentar hacer, y eso no es ilógico. Uno de los valores más apreciados, aunque a veces tenga un costo grande, es el tema de que en la universidad pública la tentación de la acción sea más tolerada que en la universidad privada. La universidad privada colombiana casi siempre ha reaccionado de manera intolerante al escozor de actuar, de hacer algo de una vez, de aprender en la acción.

La tradición académica, por lo que les expliqué, prefiere y propaga un cierto aplazamiento, te dice más o menos: “tu acción será mucho más eficaz si es largamente preparada, discutida, si de antemano prevés las consecuencias y la discusión que seguirá a la acción”, etcétera. La universidad es como una incubadora de acciones mucho más transformadoras que las que se le pueden ocurrir a uno en primera

instancia, pero es posible que en la universidad privada esta fase resulte relativamente mutilada. Durante un tiempo porque no tenía infraestructura para laboratorios, etc., pero también porque no tenía las direcciones suficientemente abiertas al aprendizaje en la acción.

Muchos de los que hemos estudiado en universidades públicas le debemos a la tolerancia. La universidad pública se vuelve un pequeño laboratorio donde a algunos se nos sube a la cabeza lo que leímos en los libros, y además sin esa experiencia quijotesca uno todavía no ha sido inducido a la tradición académica. Si usted estudia sociología y antropología deja de ver sólo personitas, usted siente vínculos, siente lazos, siente comunidades, siente códigos colectivos — si usted ve personitas tal vez ha estudiado harta psicología, harta economía en una de sus vertientes—. Hay una transformación de la percepción.

Si ligamos las dos cosas, hoy en día tenemos que la universidad nos vuelve mucho más reflexiva la relación con la cultura, hoy en día sabemos más claramente lo que los griegos llamaban la ley no escrita. La universidad nos da mucha reflexividad sobre cómo se forman los criterios morales de las personas. Colbert, por ejemplo, te secuencía en seis etapas la formación de criterios morales, y hoy en día la universidad también puede abrirte oportunidades para entender qué cambió y cuánto cambió la aparición de la posibilidad de legislar, de fijar reglas explícitamente.

El mismo trabajo universitario en gran parte está organizado con base en la ley, un currículum, un reglamento docente, un manual de convivencia estudiantil, pero todos sabemos que buena parte del saber específico de una institución universitaria se juega en las costumbres. Dicho de manera muy simplificada, hoy en día la universidad nos da la posibilidad de una relación reflexiva, no sólo con las reglas que nosotros nos formamos, o sea, libertad en el sentido de Kant, sino también con las reglas que colectivamente nos damos, libertad en el sentido de los demócratas, libertad en el sentido de poder darnos el orden que deseamos, y también la maravillosa admiración que nos puede producir la herencia no voluntariamente escogida de la humanidad, o sea, las tradiciones culturales, los hábitos, las creencias.

Y una de las cosas asombrosas o bellas de la legislación colombiana es que nos toca armonizar los tres sistemas reguladores. El costo de tener una conciencia, una tradición cultural y una ley que van en diferentes direcciones es demasiado grande. Es bonito para investigarlo, es curiosísimo, se pueden

Uno de los productos más bellos de la libertad humana es la ley, es la ley explícita, es el acuerdo. Quiero subrayar que yo mismo en general en mi vida he preferido las reglas culturales. Eso es extraño porque soy públicamente conocido como un violador de reglas culturales. El vaso de agua, el destape...

No cambiaría mi sociedad con un Estado de Derecho parcial por una sociedad sin Estado de Derecho.

hacer tesis maravillosas sobre divorcio entre ley y cultura, o entre ley, moral y cultura en Colombia, pero obviamente pagamos costos enormes en términos de nuestra economía y sobre todo de nuestra convivencia. Habría que lograr que el grillo individual: “yo me guió por mi propia conciencia”— que es tan fuerte según la autodeclaración que hicimos y que se repite a lo ancho y largo del país en todos los sectores sociales— pase a una fase más colectiva y en algunos temas, estilo uso de la violencia para resolver problemas, ya no sea sólo el grillo de cada cual, sino la armonía de todos los grillos tocando la misma melodía y diciendo “no usaré la violencia para resolver mis problemas”.

Lo planteo de una manera más prosaica, volviendo al cuento del odontólogo. Necesitamos protegernos con, no sé como llamarlas, pero de acero, y a pesar de eso necesitamos no utilizar el chantaje contra el otro, no responder a su chantaje con chantaje, sino preguntarle ¿qué pretende?, ¿qué quiere? Si alguien me quiere matar muy probablemente está haciendo un juicio moral sobre lo que yo digo o hago y ese juicio moral me importa, me interesa conocerlo. Puede que hasta tenga razón, no en matarme, pero sí en juzgarme, en desaprobarme lo que he hecho o dicho. El otro, incluso el violento, puede tener justificaciones morales en su punto de vista, y su punto de vista puede ser valiosísimo para mejorarme, para cambiarme. Pero evidentemente si cambio debo cambiar porque tuvo razón, argumentos, porque su perspectiva moral o política influyó sobre mí. No tendría mayor sentido que alguien de tradición académica cambiara porque le apuntaron con un arma.

Alguna vez me tocó desabotonarme la camisa como a las tres de la madrugada, una escena de borrachos. Había estado rondando el tema de que yo estaba desarmado y el que estaba bebiendo conmigo estaba armado. Él insistía en contarme que él era un tenaz con las armas, fregó y fregó tanto con el tema que me tocó desabotonarme y decirle “hermano, usted tiene un arma, y podría hasta ponérmela en el pecho como ha estado sugiriendo en la conversación. Usted puede controlar la continuidad de mi vida, pero hasta el último momento el control de lo que piensan mis neuronas lo tengo yo. Usted puede suspender la película, pero no puede cambiarla, puede interrumpirla, puede cortarla, de paso es muy aburrido porque no podremos volver a discutir”. Me perdonan por esos ejemplos tan prosaicos.

Quisiera subrayar que gran parte de la sociedad ha asimilado la mitad del mensaje, ya la mayoría somos medio libres, yo tengo la mitad

de la libertad, que es mi libertad, que es la defensa decidida de la propia libertad, la condición de que uno tiene derecho a vivir libremente. La otra mitad de la libertad es tu libertad, es el reconocimiento de tu derecho a autodeterminarte y la vocación de dirimir las diferencias de dos maneras.

Aquí hay pluralismo moral. Monseñor Rubiano tiene convicciones morales distintas de las mías en muchos puntos. Pero en temas como la defensa de la vida hemos coincidido totalmente. Además creo que el uno y el otro nos admiramos moralmente, a pesar de tener morales distintas. Tener morales distintas no implica que todo vale, esa es otra lección muy pequeña. Yo no sé si ustedes se imaginan cuan difícil es la transición de una sociedad fuertemente educada en la misma moral, donde a usted le dicen que tiene que tener los mismos criterios que el otro, hacia una sociedad pluralista.

Cada vez que en el ámbito universitario nos escuchamos, aún si desconfiamos de lo que pueda decir el otro, estamos dando un paso de fidelidad a nuestro pasado. Cada vez que en un ámbito universitario en vez de controvertir con argumentos acallamos una idea, por ejemplo mediante chiflidos, lesionamos la tradición universitaria. La tradición universitaria obviamente le da ejemplo a la sociedad en su paciencia para mirar distintos puntos de vista.

Voy a terminar sobre mi experiencia en el tema muy elemental de ahorro de agua. Yo no sé si vean que uno es más libre si depende menos del suministro de agua. Cuando en Colombia la mayor parte del país tuvo que perder tres horas diarias del trabajo porque no sabíamos ahorrar luz, no creo que eso fuera una manifestación de libertad, eso fue una manifestación de esclavitud. En la Universidad Nacional en Bogotá, un hombre llamado Fabio Chaparro se fue a la Empresa de Energía a preguntar cuánta energía había que ahorrar, 15%, le dijeron. Fabio regresó feliz a la universidad diciendo: "hice un trato, vamos a ahorrar la luz, no nos la quiten, la sabemos ahorrar", y en el primer mes estaba en los contadores de la Universidad Nacional, gran orgullo, ahorrada la luz. Imagínense lo fácil que es ahorrar 15% de luz, no es sino acordarse uno de apagar lo que no está utilizando, suspender uno que otro bombillo, reemplazar las grecas de los tintos por algunos reverberos a alcohol y listo, uno está en el 15%. Y la gran ventaja era que a cualquier hora del día o de la noche en que un investigador de la Nacional necesitaba prender sus dispositivos de laboratorio para seguir con su experimento científico se podía hacer. Fue un paso grandísimo.

Los latinoamericanos podemos llegar a construir confianza mucho más rápido que los europeos por la capacidad que tenemos de ser sinceros, de contarnos las cosas.

Cuando se dio lo del agua dijimos, funcionó con la energía intentemos hacerlo con el agua. Recuerdo un día imaginando maravillosas maneras de aborrar agua, por ejemplo la del teléfono, que una voz te conteste en el lugar menos esperado — uno no conecta el teléfono con el agua, más bien el teléfono dice en algún lado por favor no lo sumerja en el agua—, me imaginaba por ejemplo un champú que cuando te lo vayas a echar te diga ¿tienes el agua corriendo? Que en el lugar más inesperado apareciera el mensaje... Estaba en esas, ¿se imaginan dónde? Debajo de la ducha, media hora. Mi esposa golpeó en la compuerta del baño tan, tan, tan. Ese día descubrí una cosa muy simple que fue para mí una señal clara, elemental y es: ayudémonos unos a otros para vivir según nuestra conciencia. O sea, quiero ser libre, ¿quién de aquí no quiere ser libre?, ayudémonos a ser libres. Solos es demasiado difícil, acompañados, ayudándonos, es mucho más fácil. Ayudémonos a ser consistentes.

De ahí nació un poquito la metodología de identificar creencias o hábitos que uno quisiera mejorar y un poco la mirada, con algo de admiración, a los Alcohólicos Anónimos. La metodología de Alcohólicos Anónimos puede servir en Colombia sobre todo para fundar Corruptos Anónimos. Algún día líderes de los que hoy en día han caído en corrupción entenderán el beneficio de juntarse y decir “yo me comprometí a no volver a actuar de cierta manera”. Ayudémonos mutuamente, hagamos un convenio en que todo aquel que se va a salir del pacto de no volver a jugar así llama al otro y le pide ayuda. Es posible que la inmoralidad o la ilegalidad sea tan adictiva como el alcohol, que haya gente que dice como con el último trago “esta es la última plata que me robo, ya no más”, pero pasan unos pocos días y “¡ay hombre!, otro poquito, pero les prometo que es la última”. Yo creo que hay mucho más conflicto moral del que aparece en la superficie, ese blindaje con que algunos dan la declaración, con que algunos no piden perdón es un blindaje postizo, estoy seguro de que ahí hay mucho drama detrás de. Ayudémonos unos a otros a superar la corrupción.

En talleres con Transparencia Colombia hemos identificado una presencia fuerte de la coexistencia

entre el país probo y el país corrupto. En muchas entidades el equipo técnico está asignando las licitaciones claramente por concurso objetivo. Muchos jefes están escogiendo sus subalternos por méritos, estudiando las hojas de vida, poniéndoles puntaje o buscando a alguien con mayor neutralidad que lo haga. Pero en muchos casos se sigue sembrando una duda, una tergiversación al final del camino. Se los cuento de la manera en que lo vislumbré la primera vez hace siete años cuando era rector de la Universidad Nacional:

En la Nacional cuando alguien pide cupos se le contesta una carta diciendo “señor esto funciona de manera transparente, son treinta mil aspirantes, sería injusto con cualquiera de ellos que hubiera un solo palanqueado, qué pena, pero nos sentimos orgullosos de tener un sistema equitativo”. Un rector de universidad privada me dijo “Antanas, no sea tan bobo, haga lo que yo hago, yo guardo las cartas, yo no soy tramposo ni corrupto, yo no voy a interferir en el proceso de admisión, pero yo espero a ver, si la persona pasa la llamo al teléfono que me dejó, yo no le voy a decir mentiras, no le voy a decir que yo le ayudé, le voy a decir le tengo una buena noticia, y él verá qué entiende”.

Y luego mirando por qué la autoestima de los estudiantes de la Nacional es alta, descubrí una cosa impresionante, que pasar el examen de admisión fue muy clave, no me he encontrado un solo estudiante de la Nacional que crea que está allá por palanca, sino que está por su mérito, por su logro. La motivación a logro que aquí fue predominante en el ejercicio que hicimos.

Cada vez que hay ese contrabando, esa tergiversación — tu hoja de vida era la mejor, pero te dan a entender que te hicieron un favor—, te golpean la autoestima. El empresariado muchas veces se gana las licitaciones en franca lid, el equipo técnico otorga la licitación a la mejor propuesta, pero le hacen creer cosas distintas. Me parece que lo que hace falta es un pequeño empujoncito para que se caiga ese castillo recalcitrante de tergiversación, para decir “llevamos años en que el que se gana la licitación

es el mejor, hace rato que nos ganamos las cosas en franca lid, otra cosa es que aparece un parásito que le da a entender a usted que se la hizo ganar”.

Quiero subrayar cuánto dependemos de la honradez en la comunicación, cuánto dependemos de la capacidad de interpretar. Quiero subrayar que no puedo ser libre solo, sólo puedo ser libre en el proceso comunicativo que nos hace libres a todos. Cultivar mi libertad sin pensar en la libertad del otro no es nada, y eso en buena parte ha sido acuñado en la tradición académica. Lo voy a poner de una manera muy sencilla: alguien no puede hacer academia si desprecia a los demás interlocutores. La condición para hacerle caso a la objeción del otro es saber que el otro también piensa, que el otro también es inteligente, o como pasa con el bebé, que el otro también habla, y habla con fundamento. La institución universitaria es un nido, es un lugar de creación de libertad, de respeto al otro.



Quiero subrayar mucho el tema de que no soy libre si tú no eres libre. Mi libertad es totalmente incompleta si no considera en su mapa la libertad tuya. Es tener la mitad de la ecuación, es muy importante reclamar mi libertad para pensar pero cada vez que alguien deja de decir lo que piensa o deja de pensar lo que piensa bajo presión o bajo la atracción del dinero, etcétera, yo soy golpeado, cada uno de nosotros es golpeado.

En síntesis, tenemos la mitad del camino recorrido, tenemos la convicción mayoritaria de que somos libres, de que somos mayores de edad. Esa libertad moral hay que complementarla con una libertad democrática, uno de los caminos posibles es la invitación a organizarnos.

Imagínense ustedes a una persona radicalmente partidaria del individualismo, yo fui un individualista furioso, pensando en lo importante que puede ser para nuestra sociedad el organizarse. Sociedades muy fuertes logran que el 3% del tiempo de la gente sea invertido en actividades voluntarias y el 1 ó 2% de los recursos de todos sean usados voluntariamente. Eso da un agregado a la vitalidad y a la fortaleza de esa sociedad, es tal vez la huella práctica de la idea del desdoblamiento kantiano. Es decir, sea un ciudadano aunque sea tiempo parcial, dedíquele unas pocas horas a la semana al interés general, a la lucha por intereses generales.

Sesión de preguntas

(Sólo un asistente a la conferencia pudo hacer su pregunta, y la hizo a viva voz. Por tanto no quedó grabada. Reproducimos la respuesta).

Durante siglos el trabajo académico estuvo muy controlado por la Iglesia o los estados, o la Iglesia y los estados. El tema de si en Colombia se enseñaba a Bentham o no, se debatía en los más altos niveles. Por ejemplo el rector de la Universidad Nacional fue citado al Congreso de la República para que explicara por qué no se enseñaba a Bentham obligatorio en la Nacional. Hoy en día, tal vez por la fuerza que han cobrado los medios audiovisuales, vemos con más libertad y tolerancia el mundo de los libros y tenemos mucha más autodeterminación en los contenidos y en los intereses de investigación en las universidades.

Quisiera relacionar la universidad con las armas de la comunicación, con las armas de la expresión. Imagínense un estudiante colombiano de dieciocho años, brillante, el mejor de 250 estudiantes de física y matemáticas en una universidad francesa en diciembre de 1969 o enero de 1970. Imagínense que ese estudiante hace prácticas de física los viernes, y uno de esos viernes va al baño y cuando sale del baño se le viene detrás un funcionario de la universidad francesa de overol, y le dice una sola frase: "hombre, tal vez en tu país podrás dejar el baño así". Ese día el colombiano no duerme, llora. Lloro por dos razones, ha sido humillado en su nacionalidad, pero también ha comprendido y se ha hecho la pregunta de cuánto tiempo pasará antes de que un trabajador colombiano en circunstancias similares sea capaz de devolver a un estudiante colombiano a limpiar el baño. En algunos casos frases como esa encarnan para mí violencia simbólica legítima. Me hizo llorar, pero me hizo pensar, aprendí cosas.

Si yo realmente pienso que los demás entienden por las malas tiendo a acudir con más facilidad al castigo y a la violencia como método.

Muchos años después un último Consejo de Gobierno en Usme para integrar proyectos ya financiados y coordinarlos entre sí, para que el uno no desbaratara lo que hacía el otro, para que los cronogramas fueran sincronizados. La gente, tal vez con todo derecho, también toma en parte esas reuniones con el gobierno como una manera de recrearse echando puyas, "deje hablar", el derecho constitucional a la palabra. Habíamos fijado una regla un poco impopular que decía "cualquier pregunta escríbala en este papel, la metemos en esta urna y al final sacamos cinco preguntas de la urna", pero la gente seguía fregando que déjenos hablar, que no sé qué.

Los de un barrio aplaudían cuando se mencionaba el proyecto de ese barrio. Entonces yo hice un comentario procedimental elemental, les dije “apláudanse unos a otros, cuando a un barrio le salga un proyecto los demás felicítenlo, pero que cada cual se aplauda a sí mismo es como cuando en los grados la gente aplaude sólo al compañerito del curso”.

Tal vez el comentario influyó en lo siguiente: yo había logrado regular el tema de aplazar la discusión más lejos, hasta que de pronto unos jóvenes pidieron la palabra. El resto del auditorio empezó a calentarse, “que los dejen hablar, que los dejen hablar”, eso en un polideportivo. No hubo más remedio que dejarlos hablar. Y bajó un joven, de pelo largo, y mientras él descendía a la parte baja del coliseo, yo expliqué que ante un público tan grande había un lío de equidad, de a quién se le daba la palabra, que normalmente uno le daba la palabra al más canchero, entonces el más canchero adquiriría más cancha, el más tímido se quedaba sin hablar, que había un lío ahí complicadísimo de a quién le daba uno la palabra. Llegó el joven, tomó el micrófono y dijo: “nosotros los jóvenes queremos hablar pero entendemos que tenemos el mismo derecho que los demás” y me devolvió el micrófono, yo quedé asombrado. Seguimos.

Al final hicimos el ejercicio, primera boletica una pregunta, segunda boletica, el grupo de jóvenes tenía la palabra legítimamente. Hicieron fiesta entre todos. Descubrieron que un procedimiento es confiable, que el tema de la confianza no es solamente de ti hacia mí y de mí hacia ti, sino que hay procesos colectivos confiables, como la discusión racional, la publicación de revistas, armar los protocolos de laboratorio, que la confianza en procedimientos era clara.

Cuando esos jóvenes hicieron la pregunta, que además era fortísima, era al hígado, al corazón, era ¿cómo usted, que creemos que defiende con radicalidad el derecho a la vida, que creemos que defiende a los niños frente a la violencia intrafamiliar en serio, esa persona que nos asombra por ese tesón, cómo usted mismo toma estas otras medidas relacionadas con los vendedores ambulantes, con algunas entidades, etc.?

De manera muy simplista, creo que una partecita de la violencia colombiana se explica por debilidad de la violencia simbólica, la gente acude a veces a la violencia física porque se quedó sin palabras, porque no tuvo una manera de defender su dignidad como la defendió el trabajador francés que me atajó a la salida del baño. Yo sé que la

Imagínense que adaptáramos la constitución colombiana a la cultura. Cada vez que haya contratación pública los participantes podrán desviar hasta el no sé cuánto por ciento para sus bolsillos particulares, cada vez que un subsidio no alcance para todos, se utilizará para generar un sistema de lealtades y de favores privados entre los beneficiarios

teoría es muy arriesgada porque más de una trifulca empieza con una ofensa simbólica. En el estadio de Bogotá las barras de Santafé y Millonarios a veces se muestran el rabo y bueno, hasta ahí van bien, pero cuando uno coge la camiseta del otro y se limpia con ella y se la tira, normalmente el otro se viene corriendo a pegarle. El límite entre violencia simbólica y violencia física es un límite muy frágil. Se necesita una especie de enorme pacto de caballeros y de enorme aprecio para decir vamos a guerrear muchísimo, pero guerreemos en el espacio de los símbolos.

La primera vez que me ocurrió algo relacionado con violencia simbólica fue en el colegio. Yo había sido buen estudiante y nunca, curiosamente, me había tocado izar la bandera. Por fin, en décimo grado: “Antanas, el mes entrante te toca izar la bandera”. Los primeros viernes en un colegio bilingüe, en el Liceo Francés, eran como raros, una gente de élite, había como una risita, ¡ah esa vaina de izar la bandera!, la misa, ¡qué ridículo!, había como un menosprecio ahí que me indignaba mucho, entonces dije “que me toque pronunciar el discurso puede ser una oportunidad bonita” y armé un discurso muy extraño, muy sencillo. Primero izamos la bandera cantando el Himno, apenas terminó cogí yo mi texto e insulté a la bandera. Todos se quedaron parados, callados, oyendo... Luego insulté a la gente por haber dejado insultar la bandera. Menos mal llevaba el texto escrito, estaba todo claro desde todos los ribetes, y nadie me castigó ni pensó en abrirme un disciplinario.

La libertad para mí consistiría en la autoleislación, en la autorregulación, pero en una autorregulación reflexiva, yo me gobierno a mí mismo pero dándome cuenta de lo que hago, no inconscientemente, no a la topa tolontra. O sea, soy libre si logro trazarme unos derroteros y cumplirlos, si tengo una relación reflexiva con mi comportamiento.

Fue la primera vez. De ahí para adelante todas las veces que he transgredido un límite cultural he sido sancionado. La violencia simbólica no es gratis, se parece a la objeción de conciencia y a la desobediencia civil. En un pueblo de los Estado Unidos hubo un alcalde arbitrario que prohibió, como cualquier estatuto de seguridad, las reuniones de más de seis personas, imagínense, ¡el derecho, la libertad de asociación! Después de ensayar otros métodos para que el alcalde revisara su disposición, las organizaciones de defensa de libertades empezaron a hacer la siguiente invitación: “vámonos todos para

ese pueblo” y se bajaba la gente de la flota y se reunían de a siete. Ahí mismo llegaba la policía, la jaula, y retenidos, hasta que desbordaron totalmente la capacidad de retenerlos. La gente iba a desafiar la ley pero asumiendo la consecuencia de transgredirla. Alguien que hace desobediencia civil lo primero que hace es decir “asumo las

consecuencias". El que hizo objeción a pagar impuestos porque Estados Unidos estaba defendiendo la esclavitud en el sur o estaba atacando de manera ilegítima a México, ese hombre, uno de los fundadores de la desobediencia civil, obviamente estaba dispuesto a perder su patrimonio si la ley lo condenaba a eso. Es una actitud socrática, yo desobedezco la ley pero asumo las consecuencias de hacerlo, además lo hago de manera pública, lo hago porque ya he ensayado los otros métodos. Normalmente es una acción colectiva.

Lo que quiero decir es que en los intersticios entre los tres sistemas reguladores hay espacio para el cambio, hay espacio para la resistencia, hay espacio para la transformación. El que a veces la moral te obligue a tomar distancia de la ley es parte del dinamismo de la ley, pero asumiendo las consecuencias, siendo consecuentes. Sócrates fue un ejemplo, fíjense que una figura absolutamente central para la tradición académica es también absolutamente central para una discusión absolutamente clave: ¿qué haces si tu grillo, si tu conciencia te ordena una cosa y tu cultura o tu ley te ordenan otra, cómo manejas eso, cómo respondes a eso?

Colombia vive circunstancias de liberación muy fuertes ligadas a la educación, ligadas a avances en la legislación. En el siglo pasado equidad con las mujeres, equidad con los indígenas, fueron resultados de todo tipo de discusiones. Tal vez en la lucha de los indígenas hubo algo de violencia, en la lucha de las mujeres, que yo sepa, no hubo necesidad de violencia. Tampoco las mujeres se podría decir que se tomaron el poder, por decirlo de alguna manera, las mujeres hicieron algo mucho más inteligente y eficaz, nos dañaron el coco. La tradición académica es la tradición en donde vamos cambiando porque nos dañamos el coco mutuamente. Porque hasta ayer yo creía en tal teoría y apareció tal teoría o tal argumento o tal experimento que me muestra evidencias fuertes contra esa teoría y me hace dudar.

Tenemos a nuestro alcance armas muy potentes para cambiar de convicciones y para cambiar nuestras prácticas. Sé que necesitamos ayudarnos para ser consecuentes y exploraremos muchas maneras de ayudarnos para ser consecuentes.

Muchas gracias por habernos tenido paciencia.

Gbiérnate como quieras, fíjate tus reglas, pero sólo si asumes la dignidad de cada ser humano, de todo ser humano, en tu manera de legislar sobre ti mismo, puedes merecer la pretensión de moralidad, y si tu libertad no es asumida con moralidad no es libertad, es minoría de edad, es capricho, es búsqueda azarosa, es exploración como la que podría hacer cualquier mamífero.

Notas

- 1 *Actor, guionista y director de cine estadounidense (Nueva York, 1935). En sus películas analiza, en tono de humor, las relaciones humanas, el amor, la muerte y el psicoanálisis (N. del E.).*
- 2 *Durkheim, Émile. Sociólogo francés (1858-1917). Fundador de la revista *L'année sociologique* (1896), su obra, junto con la de Max Weber, es un punto de referencia esencial en la sociología del siglo XX ya que enfocó el estudio de los hechos sociales como algo objetivo, independiente de la conciencia individual. Entre sus obras figuran *La división del trabajo social* (1893), *Las reglas del método sociológico* (1894), *El suicidio* (1897) y *Las formas elementales de vida religiosa* (1912) (N. del E.).*
- 3 *Bentham, Jeremy. Jurisconsulto y filósofo inglés (1748-1832). Fue el creador del utilitarismo, doctrina filosófica que se basa en el concepto de que lo bueno es lo útil, entendiendo por útil aquello que proporciona la felicidad al mayor número de individuos. Autor de *Introducción a los principios de la moral y de la legislación* (1789) (N. del E.).*